RESEÑA DE REVISTAS

ASIR, Nº 14

Apareció el número catorce de la revista "Asir", que ya ha logrado una tónica coherente, representativa de la actitud de un conjunto de escritores ligados por afinidades artísticas notorias, quienes desarrollan un movimiento combativo y proselitista en la literatura de nuestro país. Esta actitud se ha hecho evidente en anteriores realizaciones, entre las que cabe contar el excelente concurso de cuentos, y que se perfecciona ahora con nuevos aportes, en especial por su sección fija "Literatura ejemplar".

En este aspecto, que podemos llamar artístico-sociológico, destacamos con relación a la última entrega de "Asir", tres nuevos factores: la constitución de un Consejo de Redacción íntegrado por Dionisio Trillo Pays, Líber Falco, Arturo S. Visca, Héctor Bordoli y Guido Castillo, que se agregan a los directores Washington Lockhart y Domingo Bordoli; la confección de un número íntegrado en su casi totalidad por colaboraciones nacionales pertenecientes las más a los responsables de la revista y la labor que ahora inician de expresar "la interpretación del pasado que sentimos más cerca de nosotros" con páginas de Daudet, Maupassant y Dostoievski, comentados por Bordoli (Domingo). Esta labor de reestructuración de la tradición, a que obligadamente se deben enfrentar los escritores de todas las épocas, es el camino para que se encuentren en la literatura y para que se separen nítidamente de los demás contemporáneos, amigos o enemigos, creando su propia capilla. No se puede analizar aún su posición estética por falta de elementos suficientes, pero se puede asegurar desde ya que en la historia de nuestras revistas literarias "Asir" ocupa un lugar preeminente por esta vocación de desentrañar con autenticidad y valentía su naturaleza peculiar, distinta.

Incluye este número catorce las siguientes colaboraciones, de las que comentaremos, según nuestra costumbre, aquellas que estimamos más significativas: "W. Lockhart "Sobre arte comprometido"; El libro de hoy "La civilización puesta a prueba" de Toynbee; Cuaderno de Notas: Los Boliches, por G. Castillo, A. S. Visca y D. Trillo Pays; Pedro Piccatto, "Poemas"; Sebastián Peñasco "Dos Poemas"; Dionisio Trillo Pays, "La silla con ropa"; Luis Castelli "La voz interior"; C. Denis Molina "Los álamos de mi ventana"; Andrés Vera "El potrero".

Washington Lockhart firma un inteligente y preciso planteo de la tan debatida cuestión del arte comprometido, al que hubiera convenido la eliminación de algunas transcripciones que ahogan el desarrollo de su pensamiento, más interesante con frecuencia que las mismas citas. Lockhart es de los estudiosos que con mayor seriedad y ahincamiento se enfrenta en nuestro medio a los múltiples problemas del escritor y la creación literaria, ligándolos a nuestra realidad y señalando con acierto los peligros y las ventajas. Conviene transcribir alguna de sus observaciones que hacen esperar un estudio directo de la situación de nuestras letras. "Tiende el escritor nacional —dice— a caer en un virtuosismo meramente formal, en una "lucidez" parsimoniosa y oscurecedora; consigue así escatimar la real potencia de su ser, desperdiciarla en ingeniosidades y amaneramientos sin sustancia, en un derroche de sintaxis importadas, a espaldas del instante y de su oportunidad de creación".

La publicación de dos poemas de Peñasco, de los mejores que le conocemos, nos pone en presencia de esta poesía diáfana, ligera, de una honda raigambre española, en que parece conjugarse el Cancionero y la experiencia ultraísta. Poemas traspasados de luz y de aire, que se resuelven en una instancia de deslumbramiento. No evolucionan sino que se condensan en la experiencia del éxtasis. Bien dice de ellos Héctor Bordoli "Todo aspira a esa elegida luz que vuelve extático el mundo".

Luis Castelli intenta con poco éxito uno de los temas más difíciles y necesarios de la literatura narrativa —el religioso— historiando brevemente el proceso de una conciencia que despierta a la presencia omnipotente de Dios y al reconocimiento del bien y del mal claramente opuestos en el hombre. Es Castelli uno de nuestros narradores jóvenes más diestros, poseedor de un modo expresivo dominado por un aliento sentimental y humildemente poético. Ha buscado descubrir lo inefable que se manifiesta en los seres humanos; recuérdense sus adolescentes con inquietudes y ansias que ellos no se explican, sus personajes adormecidos bajo el caer monótono de la lluvia. En todos ellos había una agonía que deparaba el combate con el mal —entendido como fuerza que proviene del propio ser— que en este cuento se revela claramente sin perder la superficialidad que caracteriza su planteo. El tema parecería exigir un relato mucho más extenso: entre la presentación decidida y su desarrollo hay un desequilibrio de tiempos. El proceso de transformación de F. Borraz quedó esbozado en sus líneas conductoras sin alcanzar la hondura y la fuerza necesarias. Ello ha dejado en descubierto una estructura ideológica simplista. En este sentido el cuento se asemeja en virtudes y defectos a la obra del padre Coloma. Hay en "Pequeñeces" capítulos enteros estropeados por una condescendencia a la prédica de catecismo que malbarata la verdad de sus personajes. Pero donde es visible el talento de Castelli es en la presentación del protagonista, en la rápida descripción del ambiente, en la forma de apuntar los personajes secundarios y, por sobre todo, en el modo enternecido de ver el mundo áspero que postula.

ANGEL RAMA.